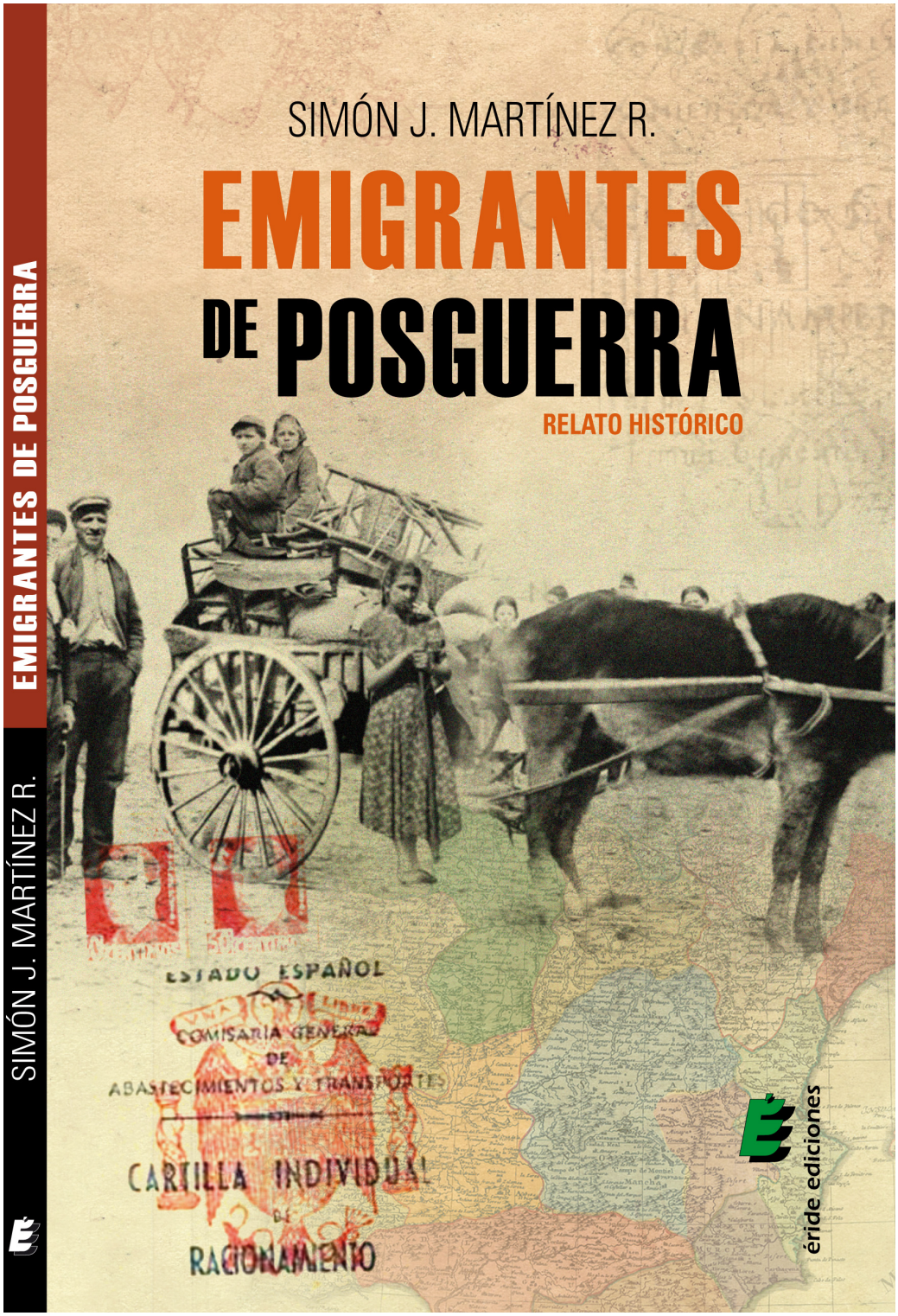
Obra sin tituloEMIGRANTES DE POSGUERRA, Capítulo 2

Simón José Martínez Rubio



Capítulo 1

Simón J. Martínez R.

EMIGRANTES DE POSGUERRA

"Confesiones I" - Capítulo 2

Relato histórico novelado

Copyrigth: Simón J. Martínez Rubio, 2.015

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual y futuro.

Libro dedicado a: Mi familia y a mis numerosos amigos que me han animado a escribir esta obra.

Índice.

1-Trincheras e hijos.

2- La bruja de Espadañedo.

3- Sin techo.

4- Solidaridad en la desgracia.

5- Llamada de Dios.

6- Viaje secreto.

7- Comprar sin dinero.

8- El año del hambre.

9- Con el sudor de tu frente.

10- El pozo.

11- Tordesillas, tierra de acogida.

Capítulo 2- La bruja de Espadañedo.

Tampoco el médico sabía qué más hacer. Fue entonces cuando Vito, un primo de Camilo, le dijo muy seguro:

- Tendríamos que ir a ver a la bruja de Espadañedo –mientras, el cura seguía dirigiendo el rosario, fingiendo no haber oído nada de la propuesta que todos habían oído perfectamente.
- Eso está a unas nueve leguas… -murmuró cabizbajo, calculando el tiempo necesario.
- Hay atajos, yo los sé. Tú tienes un buen caballo que puede hacer el viaje de ida y vuelta en el día; y yo tengo otro que también puede… Te acompañaré.
- Pues vámonos ya, que aquí sólo puedo desesperarme –decidió ante al dilema de estar allí, viendo languidecer a su mujer o intentar algo, lo que fuera, por recuperarla.
- Hay que llevarle un paño manchado con su sangre para que lo vea…
- Pues vámonos ya –repitió y agarró uno de los paños empapados que le acababan de retirar para lavarlo.

Un cuarto de hora más tarde, galopaban los dos hacia Espadañedo, un bonito pueblo junto al lago de Sanabria, en la provincia de Zamora.

Fueron alternando la marcha de sus caballos del galope al trote y al paso para no reventarlos; porque, aunque fueran animales jóvenes y acostumbrados al trabajo, eran más aptos para el arado que para la silla de montar. Y, aunque a Camilo no le importara si reventaba o no su caballo en ese momento, sabía también que tenía que conservarlo para poder volver, quizás a tiempo…: Necesitaba salvar a su mujer, a cualquier precio. Así que, forzando lo justo a sus monturas, en menos de cinco horas divisaron desde un altozano el pueblo de Espadañedo.

- Oye Camilo, me han contado que la bruja es muy borracha; si ve nuestras botas, se las va a quedar para beber.
- ¡Qué me importa a mí ahora si se bebe mi vino o no!
- Nada hombre, claro. Pero necesitamos bebida para la vuelta. Así que déjame tu bota, que guardaré las dos entre esos zarzales.
- Toma. Haz lo que quieras; pero yo sigo sin parar.

Vito le alcanzó y entraron juntos al pueblo. Sólo tuvieron que preguntar por la bruja a la primera persona que encontraron, una muchacha que regaba un campo de alfalfa, y explicarle de dónde venían y que era por un caso de vida o muerte. Ella les condujo directamente a la casa de la bruja. Además, se hizo cargo sus caballos: los ató a una estaca, al lado de la acequia de la que regaba, para que pudieran beber y comer alfalfa libremente.

Una vez ante la bruja, Camilo le enseñó el paño ensangrentado, ya totalmente seco. No dio ninguna explicación, a la espera de que ella preguntara; pero no lo hizo, En cuanto vio la sangre, exclamó:

- ¡Oh, pobreciña, qué malina está!; y con dos criaturas que la necesitan tanto… Qué malina está, qué malina… No sé si llegaremos a tiempo; pero sepan que los paños de agua fría que le están poniendo en la barriga la están matando. Corran lo más deprisa que puedan y que le pongan

fomentos de agua caliente y que beba de una cocción de hierbas que les voy a dar.

Mientras les explicaba aquello, había desaparecido dentro de una despensa sin puerta. Allí, iba metiendo en una bolsa de tela porciones de diferentes hierbas cuyos nombres, totalmente desconocidos para los hombres, iba recitando como para recordarse ella misma: "un puñado de sanguina, un pellizco de ruda, el doble de muérdago, dos parte de ortiga blanca…" y les dio la bolsa mientras ordenaba con gesto autoritario:

- Corran, corran todo lo que puedan, porque es cosa de horas el que se salve o que no. Hiervan estas hierbas en un pote grande lleno de agua y que beba todo lo que pueda: tres vasos grandes al día por lo menos, hasta que termine todo lo del pote. Y que le pongan fomentos calientes en la barriga, bien calientes.
- ¿Qué le debo, señora? –preguntó Camilo, medio alelado.
- Nada: Sólo la voluntad; pero, sobre todo, corran lo que puedan… Ah, Vitorio (ése era el nombre real de Vito), que conste que el vino de las botas que has guardado entre las zarzas no se las hubiera quedado la bruja de Espadañedo… Pero corran, corran ya.

Le dio los tres reales que llevaba encima y salieron a toda prisa. Vito, colorado como un tomate, sin rechistar ni comentar sobre cómo era que la bruja sabía su nombre y lo de las botas entre las zarzas, ni de la enfermedad de Marta, las niñas que tenía y todo lo demás…

Montaron en sus caballos gritando "gracias" a la muchacha que seguía regando la alfalfa y salieron a galope hacia Genestacio. Llegaron al anochecer cuando todas las vecinas seguían rezando, unas pidiendo por el milagro y, las más, encomendando ya su alma a Dios, porque la veían más muerta que viva.

Cambiaron inmediatamente los paños fríos por los fomentos calientes; cocieron las hierbas de la bruja y le dieron a beber el primer vaso del brebaje; y, ante los ojos pasmados de todos, el milagro se fue produciendo de inmediato: A la mañana siguiente, había cesado de fluir la poca sangre que le quedaba; y los ojos lánguidos de Marta volvían a dar signos de vida.

La ciencia podrá o no explicarlo algún día. Pero casos similares ocurrían a menudo por aquella época; y corrían de boca en boca hasta muy lejos, más allá de la región. Y eso que, para la piedad cristiana y la doctrina oficial de la iglesia, la práctica de la brujería, o simplemente creer en ello, era pecado mortal; y perseguido también por las autoridades, con mayor o menor celo: En la práctica, los poderes públicos tenían otras prioridades más perentorias que la de perseguir la brujería.

Eran tiempos en que los curanderos y brujas eran respetados y buscados por mucha gente, cuando escaseaban los médicos o se declaraban impotentes para curar algo. Probablemente, lo que pasaba de boca en boca, y bien amplificado, eran sólo los éxitos y no los fracasos. Pero, entre la gente sencilla, existía una fe casi sobrenatural hacia aquellos sanadores.

Sea como fuere, Marta se curó totalmente y crio sin problema cinco hijos más. A Verónica, la quinta, la buscaron con ansiedad, premura,

determinación, oraciones e intención bien calculada: Librar al padre de la guerra, como así fue.

Y no era fácil, no, eso de criar tantos hijos saludables en una época en la que faltaba casi de todo. Los niños de entonces podían mamar hasta los dos años, con lo que casi siempre se veía a las madres con un bebé al pecho, mientras hacían otras mil tareas… Y educarles, corregirles cuando fuera preciso, poner paz o hacer justicia cuando se peleaban entre ellos y, sobre todo, prevenir cualquier accidente grave…

- Camiiilo, la niña, Camiloooo -chilló Marta toda espantada- la niña, la niii… -y no pudo terminar, ahogada por el llanto.

Camilo se dio cuenta de inmediato. Se tiró desde lo alto del árbol donde recogía cerezas y corrió al pozo: Allá abajo pataleaba su Lía de apenas dos años. Bajó cuan rápido pudo, agarrándose y apoyándose con sus botas entre las piedras de las paredes, y se estiró para acercarle un dedo: La niña lo aferró como una mordaza y ya sólo tuvo él que tirar de ella y sacarla sin daño alguno.

- ¿Cómo ha podido ocurrir una cosa así? –gritó, aunque lo adivinaba.
- Hummm –fue todo lo que Marta pudo responder, muda de espanto.
- Lía se cayó….: Iba colgada de las sayas y…, cuando mi madre dio la vuelta con el caldero…, Lía se soltó y cayó al pozo de cabeza… -Camila, su hermana mayor, lo había visto desde el pie del cerezo, ansiosa de comerse las cerezas que pudieran caer.
- Ese pozo…, maldita sea. La de veces que me lo vengo diciendo. Ahora mismo me pongo a hacerle un brocal en condiciones., –Y lo dejó todo para ir a buscar las piedras y materiales necesarios para rematar la pared alrededor.
- Pues…, Lía y yo jugábamos a saltar por encima…, y nunca nos ha pasado nada… -añadió Camila, por si servía de excusa para su hermana menor.

Pero ni su padre ni su madre, pudieron contestar, absortos en reprocharse, cada uno a sí mismo: "¿cómo pude yo dejarla acercarse al así al pozo…?", mientras él, "mira que usar el pozo sin rematar..." Algo inaudito para ambos.

Marta siguió muda durante tres días, por más que sus vecinas trataran de mitigar su ansiedad: "Gracias a Dios no ha pasado nada; y el pozo ya está terminado, ya no hay peligro", le decían. Camilo, por su parte, se sentía culpable por dejar el pozo casi a ras del suelo. "Siempre hay tantas cosas que hacer…", trataba de justificarse, aunque no le servía de excusa, y lo sabía.

En el momento de mayor angustia y desde lo más hondo de su alma, Marta hizo una promesa a cambio del milagro: "Salvadla Virgen Santa e iremos las dos a hacer una novena en vuestro honor"… Una promesa así no era cosa baladí: era algo sagrado y había que cumplirla y con puntualidad y mucha devoción. La novena empezaba tres días más tarde en Quintana del Marco. Allí recuperó ella el habla para rezar y agradecer a la Virgen el milagro. También Camilo, por más que su fe fuera menos sólida que la de su mujer, consideró su obligación el acompañarlas. La menos fervorosa resultó ser Lía: escogía precisamente la hora del rezo

para llorar a sus anchas, ante el enorme disgusto de su madre. Camilo lo interpretó a su manera y lo usó como pretexto para dejar de acompañarles. "Lía sabe que fui yo el que bajé al pozo a sacarla, no la Virgen", dijo para su coleto; pero tampoco se atrevería a criticar a nadie: una promesa es una promesa; pero él no la había hecho, aunque se alegraba mucho de que su mujer hubiera recobrado el habla para agradecer a la Virgen por la vida de su hija.

Las madres de aquellos años eran el alma de las familias: las auténticas heroínas en aquella lucha de la retaguardia. Trabajaban en el campo como cualquier hombre; pero mucho más, porque también tenían que cuidar de la casa, criar a sus hijos, cocinar y hasta confeccionar la ropa que necesitaran. En los documentos oficiales, solía figurar S.L. (sus labores), como su profesión; y no eran pocas ni fáciles aquellas sus labores.

Desde niñas, aprendían a coser, bordar, zurcir, lavar y cardar la lana, hilarla, teñirla, tejerla y convertirla en calcetines, bufandas y todo tipo de prendas de abrigo. En los fríos días de invierno, cuando ya no se podía ni labrar la tierra, Marta agarraba su rueca y hacía bailar el uso sin cesar, hasta convertir el copo de lana en gruesas madejas de hilo, más o menos fino, según lo que necesitara tejer. Se pasaba horas y horas junto a la lumbre, al tiempo que preparaba la comida o la cena para todos.

También cortaba y cosía la tela disponible para confeccionar la ropa que hiciera falta: desde la ropa interior, camisas y blusas, la ropa de trabajo o la de los domingos. Compraba la tela a un vendedor que venía de vez en cuando con el mercado itinerante y que traía un buen surtido de tejidos de todo tipo. Le pedía metros y metros de diferentes telas que calculaba que iba a necesitar a lo largo del año. Luego, cuando tenía algún resquicio de tiempo, tomaba medidas a cada uno, cortaba la tela y la cosía con extraordinaria habilidad y precisión. Marta quería a su familia bien vestida porque pensaba, y a veces decía: "Una familia bien vestida, es una nota de distinción a favor del ama de casa que la organiza".

Camilo lo sabía bien y reconocía cuán imprescindible era su mujer en la familia, a pesar de las riñas en las que se enzarzaban a menudo. Pero él no concebía su vida sin ella a su lado; haría cualquier cosa por conservarla, con ayuda de brujas como la de Espadañedo o de lo que hiciera falta, incluidas novelas a la Virgen o a cualquier santo de su devoción.

Mientras tanto, en Genestacio continuaba la guerra por la supervivencia, al igual que en el resto de poblaciones del lado nacional, escasas en brazos, diezmadas por tantos de sus jóvenes caídos o luchando en el frente.

Aquella guerra fratricida terminó finalmente el 1 de abril de 1939. Los soldados volvían cantando y gritando "ya acabó la guerra" y lanzando sus gorras al aire al pasar por los pueblos.

Los refuerzos así incorporados al trabajo de la tierra, supuso un respiro y un sinfín de anécdotas e historias sobre cómo lo había vivido cada uno: su

propia valentía, la mezquindad de sus oficiales, la maldad del enemigo y la gloria de la victoria...